

Capítulo VIII

MAS ALLA DE LA PLAYA

Si uno pudiera seguir a una tortuguita recién salida del cascarón, por suficiente tiempo y distancia, desde su playa de nacimiento en El Tortuguero, Costa Rica, hasta su último destino ya adulta, no sólo podría resolver muchos de los grandes misterios que rodean la historia natural de este animal notable, sino que aprendería también muchísimo sobre el Caribe, el comportamiento humano y la economía. A través de los años, sólo en parte he podido seguir la ruta de la odisea de la tortuga verde. Hace varios años, cuando por primera vez comencé a interesarme en las tortugas marinas, fui a visitar al Profesor Archie Carr en su campo de investigación del Tortuguero, una de las últimas playas de desove de la tortuga verde que quedan en este hemisferio y el lugar más importante para estudiarlas. Allí aprendí algo sobre las tortugas de mar, o, mejor dicho, a apreciarlas por el esfuerzo del Profesor Carr por estudiar y salvar esta especie que se extingue rápidamente.

Posteriormente, trabajé para tratar de desenmarañar otros segmentos de la historia vital de la tortuga verde. Primeramente viajé hacia sus campos de alimentación más extensos del Caribe, frente a la costa oriental de Nicaragua, a fin de estudiar su comportamiento temporal y espacial y averiguar cómo una sociedad indígena, los indios miskitos, había adaptado gran parte de su estilo de vida y su cultura a este animal en particular. Más adelante, investigué lo que estaba sucediéndole a los miskitos y a la tortuga verde como resultado de la reciente explotación comercial excesiva de la especie. Grandes y trágicos cambios estaban ocurriendo en la cultura miskita y en las perspectivas de supervivencia de las tortugas verdes como resultado de la pesca excesiva con destino a los mercados comerciales, en su mayor parte extranjeros. Valorada ahora por su carne, huevos, calípee, piel, aceite y caparazón, la tortuga verde se ha convertido en un artículo de tan elevado precio y tan provechoso, que tanto la sociedad miskita que depende de la tortuga, como la *Chelonia mydas* misma están desapareciendo rápidamente. Los miskitos, como les sucede a muchos pueblos del litoral del Caribe, ya no pueden evitar la compra de la especie misma que históricamente les proporcionó un sostenimiento del cual podían depender y que hizo medrar las comunidades y las economías locales. En

vez de eso, los beneficios provenientes de la tortuga verde están siendo enviados lejos de los trópicos pobres en proteínas, hacia las latitudes medias ricas en ellas.

Al ir siguiendo la ruta de esa tortuga imaginaria desde El Tortuguero, a través de sus años de crecimiento en los pastizales marinos de los Bancos Miskitos, su regreso y marcado en su lugar de nacimiento, su captura en Arrecife Tortuga y su venta por los indios miskitos a una compañía procesadora de productos para mercados extranjeros, me parece que he aprendido más acerca de los caprichos humanos que sobre la historia natural y la ecología de las tortugas de mar. He visto más de lo que me correspondería de la explotación irresponsable y miope de esta especie, pero también he visto muchas cosas buenas, tal como los vestigios de una ética indígena conservacionista y los comienzos de los programas de conservación. A través de todo esto, el recuerdo más vívido que conservo es el de haber estado sentado en la playa del Tortuguero y haber estado pensando quién será el que mate la última tortuga.

Era mi primera visita al Tortuguero. Estábamos en Agosto, en la más alta concentración del desove, y todas las noches salían muchas tortugas a desovar, tal vez dos o trescientas en la larga playa de más de 30 kilómetros. Después de cenar, Carr y sus estudiantes se dividían en pequeños grupos, unos que bajaban a la playa, otros que permanecían cerca del campo de investigación para recorrer la playa entre éste y la desembocadura del Río del Tortuguero, inmediatamente al norte. Como las tortugas de mar se pasan la mayor parte de su vida dentro del agua y sólo salen a tierra por una o dos horas cada dos o tres años, y aún entonces sólo las hembras, si uno quiere estudiarlas, tienen que moverse con rapidez. Hay mucho que aprender sobre ellas durante su breve visita a tierra. Se las puede pesar, medir, colocarles una contraseña numerada para identificación en desoves futuros o para análisis de sus migraciones, se puede investigar su selectividad de sitios, su habilidad para retornar a porciones semejantes de la playa después de una ausencia de varios años, cómo encuentran la ruta del regreso al agua en una noche oscura y lluviosa, y otras cosas parecidas que les interesan a los zoólogos. Hay mucho que estudiar, y el tiempo disponible es sumamente corto. Uno quiere averiguar todo lo posible, pero sin interferir en el principal objetivo de la tortuga al estar en aquel lugar, o sea para desovar.

Las tortugas son sumamente ariscas cuando se están preparando a desovar. Ellas esperan en la rompiente de la playa, mientras las olas pasan sobre su concha. Si ven un movimiento en la playa o una luz de alguien que enciende un cigarrillo o una lámpara de mano, se vuelven y regresan al mar. Pero, si uno espera sin moverse y deja a la tortuga que encuentre el paraje que desea, que cave un agujero para su cuerpo y una cavidad para desovar, y que comience a poner los huevos, ya puede seguir adelante con lo que proyecta respecto al animal. Si lo que a uno le interesa sólo es marcarla y medirla, la puede voltear panza arriba después que ha terminado de poner, hasta temprano de la mañana siguiente, cuando uno regresará para marcarla y dejarla que regrese al mar. (Fig. 50).

Durante cierto tiempo, yo mismo estuve ayudando en estas labores. Me divertía mucho y aprendí bastante. Vi a una tortuga que desovaba a pocos metros de distancia del lugar donde había desovado tres años antes. Tal cosa es bastante portentosa si uno considera que ella puede haber pasado los años intermedios en las aguas de Venezuela, Colombia o Nicaragua y ha encontrado después el camino de regreso al paraje preciso de una playa



Figura 50. Una tortuga verde vuelve al mar después de poner. El Tortugero, Costa Rica.

virtualmente sin configuración especial en un rincón lejano del Caribe. Vi las tortuguitas que salían de los nidales y enfilaban inmediatamente rumbo al mar, aún cuando su visión estaba interrumpida por montículos de arena y despojos del mar. Nacidas en una playa casi exclusiva para su especie, cuyas arenas las han incubado por dos meses, vi esas tortuguitas enfrentarse a una playa repentinamente hostil y llena de animales rapaces y comenzar sus primeros años como presa. Era ésta una tragedia natural, pero en absoluto no una tragedia si se la mira desde el punto de vista de los cangrejos, aves, bariacudas, tiburones y otros animales que simplemente se estaban alimentando. Vi, sin embargo, otras tragedias que no formaban parte natural de la supervivencia de la tortuga. Alejados de la costa, a cinco kilómetros de la única playa extensa de desove de la tortuga verde que aún queda en el Caribe, los pescadores de Puerto Limón estaban cogiendo tortugas. Hembras portadoras de huevos y machos que las acompañaban en sus migraciones que a menudo eran de varios centenares de kilómetros, constituyendo uno de los fenómenos más espectaculares de la naturaleza, estaban siendo atrapadas para una planta enlatadora de sopa y carne. De manera semejante, al caminar muy tempranito por la playa, a veces veía una gran tortuga verde muerta, a flor de agua en la marea creciente, con el vientre abierto la noche antes por un pescador furtivo de calipee, sacrificada por unas pocas libras de un material gelatinoso que se habría de convertir en sopa en un país extranjero. Los pescadores de mar adentro, la compañía de Limón y el pescador furtivo, no tienen inclinaciones perversas ni tendencias a destruir las poblaciones de tortuga verde. Sólo estaban tratando de ganarse la vida en una parte del mundo en donde había pocas oportunidades diferentes para hacerlo así. Traté de verlo también desde el punto de vista de ellos, a saber, que sólo trataban de ganar dinero para comprar comida, del mismo modo que las aves, los cangrejos y los tiburones sólo se estaban alimentando en una fuente alimenticia, las crías de tortuga. Después de todo, no se pueden preferir los tiburones a las personas, ¿no es cierto?

Estuve sentado en la playa por largo tiempo pensando en esto, frente a una tortuga muerta a pocos metros de distancia, los botes de los pescadores convertidos en puntos diminutos sobre el agua del mar, las huellas menuditas de las tortuguitas todavía visibles sobre la arena húmeda, los chillidos de las aves sobre mi cabeza y una aleta dorsal o el cuerpo de un tiburón que de vez en cuando aparecía en la rompiente del bajío. No se trataba de si yo prefería o no prefería los tiburones a la gente. La situación era que sencillamente no había suficientes tortugas para complacer a todos los depredadores, humanos y animales. Y como a mí me gustaban las tortugas cada vez más, a medida que aprendía algo acerca de ellas, me estaba inclinando a contemplar la cosa también desde la perspectiva de ellas. Por supuesto, todas estas perspectivas eran en realidad mías. Entonces yo no sabía mucho sobre tortugas o tiburones y no había conversado con los pescadores. Lo único que podía ver era que había una gran cantidad de cuerpos que dependían de comer o vender tortugas, y sabía que Archie Carr y otros más poseían pruebas concluyentes de que la población de tortugas marinas del Caribe estaba descendiendo cada año. Parecía clarísimo que no tenía mucho sentido en términos de evolución o de la economía, llegar a ser dependiente para vivir, de una especie en proceso de extinción. Cier-

tamente, los tiburones, barracudas, cangrejos, aves y mamíferos selváticos que se comen las crías de las tortugas, también comen otras cosas y sobrevivirían aunque hubiera menos tortugas todavía. Pero no sé si los pescadores legales, los pescadores furtivos, los trabajadores de la compañía tortuguera que fabrica sopa de tortuga verde, y los que comen sopa de tortuga verde, sobrevivirían al desaparecer la tortuga. Con todo, me parecía que los humanos son mucho más adaptables que los otros animales y que lo soportarían de una manera u otra. Eso dejaba a la tortuga verde que está siendo atrapada, ante un fuego cruzado en tierra y agua. Además, sabía que las que no estaban siendo atrapadas en esta playa o frente a ella, lo serían despiadadamente en sus aguas domésticas. Eran demasiado valiosas y tenían demasiada carne para menospreciarlas. Parecía ciertísimo que las tortugas eran las únicas que no sobrevivirían. Y eso sería una tragedia, pues ellas eran un animal sumamente maravilloso para perderlo.

Estuve sentado allí durante un rato más y pensé en las manadas de tortugas verdes ausentes, lejos de la playa o en camino, nadando hacia El Tortuguero desde centenares de kilómetros de distancia. Esta playa era el punto focal de una de las migraciones más asombrosas del mundo animal. El instinto de migrar y la habilidad para navegar han evolucionado por millones de años y han vinculado esta playa diminuta a millares de campos alimenticios esparcidos por el Caribe.

En este año, tal vez 10,000 tortugas desovarán y pondrán unos 4,000,000 de huevos. Ahora bien, esa es una cantidad inmensa de huevos, pero, por lo que he visto, no sería suficiente. No lo sería porque de la playa al campo de alimentación, del nacimiento a la edad adulta, de Costa Rica a Venezuela, Colombia, Panamá, Nicaragua y México, las tortugas verdes serán cazadas todos los días y noches del año, año tras año. Si uno razona de esta manera, rápidamente termina pensando en quién matará la última tortuga. ¿Irá a ser un tiburón en la playa, un pescador de Puerto Limón, un indio miskito en busca de alimento, o una compañía tortuguera en busca de carne y sopa? ¿Quién se irá a tomar la última escudilla de sopa, a comer el último filete de tortuga, o irá a usar el último par de zapatos de piel de tortuga? Por supuesto, uno nunca podría estar seguro de que se trataba de la última tortuga, y aunque lo estuviera, no habría mucho que hacer al respecto. De todos modos, yo pensé en esa última tortuga por un rato más y después regresé a la playa. De entonces acá la situación no ha mejorado mucho, y de varias maneras la perspectiva de la última tortuga está más cercana.

La desaparición de las tortugas verdes y de las otras tortugas de mar no es inevitable, no tiene que serlo, ni es un producto ineludible del desarrollo. La realidad es que las poblaciones de tortuga verde en muchas partes del Caribe podrían reponerse, las manadas podrían restablecerse a sus inmensos números anteriores con sólo que se detenga la explotación comercial. No es tanto una cuestión de pérdida de ingreso económico o de una especie del ecosistema, como lo es la recuperación del espíritu humanista para proteger esas cosas magníficas y hermosas de la naturaleza.

La tortuga verde: una sobreviviente de eras evolutivas pasadas, que otra vez existió en cantidades prodigiosas sobre áreas extensísimas, fuente de sub-

sistencia para los moradores originales y los que vinieron después, y artículo de comercio y de tráfico que abrió los ámbitos lejanos de mundos que emergían. Juzgando desde los anales de la historia y la investigación contemporánea, es evidente que la tortuga verde ha sido por largo tiempo una parte integrante del litoral caribeño en evolución y desarrollo. Sería tarea difícil encontrar otra especie no doméstica que haya hecho tanto y por tan largo tiempo por alentar los empeños humanos en las costas tropicales. Erradicada o seriamente menguada en gran parte de su ámbito anterior, ha persistido no obstante, con tenacidad, en rincones apartados del Caribe, a pesar de las tremendas presiones de la explotación. La población humana está creciendo con mayor rapidez que las oportunidades económicas y, como consecuencia, las presiones sobre los recursos locales se están acelerando en todas partes. Ya no hay áreas aisladas en el Caribe. Ya no existen refugios enclaustrados para la tortuga verde.

Si las cosas siguen como van, en un futuro cercano dejarán de oírse el roncar de los botes de motor y el chapotear de los remos y canaletes que se acercan a Arrecife Tortuga. Las cuevas, los agujeros-dormitorios y los arrecifes estarán vacantes. Ya no se deslizará una gran tortuga verde sobre la cara del arrecife, ni se esconderá dentro de sus hendiduras protectoras. El arrecife quedará envuelto por una quietud expectante que no se romperá nunca.

Ese escenario futuro representa un resultado posible de las tendencias de la explotación actual. Sin embargo, la tortuga verde y las otras tortugas marinas no tienen por qué perderse como poblaciones biológicamente viables.

La situación de peligro de las tortugas de mar podría revertirse; sus poblaciones podrían restablecerse a sus grandes números anteriores, y con una administración prudente, se podría volver a suministrar carne a los pueblos locales como se hizo en el pasado.